

Biblioteca-Films

Selección El espejo de la dicha 50 cénts.



Lily
Damita

WERNER
KRAUS

PABST, G. W.



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 15

B A R C E L O N A

AÑO V

APARECE LOS MARTES

Núm. ext.

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

■ ■ ■ ■ ■

El espejo de la dicha

(MAN SPIELT NICHT MIT DER LIEBE, 1927)

Novela cinematográfica, adaptación
del gran film *Superdiana* del mismo
nombre. Genial interpretación de

LILY DAMITA

y del célebre primer actor alemán

WERNER KRAUSS

.....
EXCLUSIVAS "DIANA"

Rosellón, 210

Barcelona

.....
ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

REPARTO

Lily Nepallek.	LILY DAMITA
Príncipe Albrecht	Werner Krauss
Frantz Lewis.	Olaff Fonr
Floria Cavallini.	Alice Frederiks

I

Han pasado varios años desde la tristemente célebre conflagración europea, que se-
gó tantas vidas, sembró tantos lutos y cam-
bió el orden social de las cosas y de las per-
sonas, convirtiendo en poderosos a los men-
digos y a los ricos en pobres... Alterada la
complexión de las ciudades por donde pasó
la guerra, ha sido posible contemplar a los
criados, haciéndose servir por sus señores de
antaño y otras incongruencias por el estilo
de las que está plagada la historia de la
postguerra.

De las grandes capitales europeas, des-
pués de Petrogrado, quizá sea Viena la urbe
donde se han producido más fenómenos de
esta naturaleza, y entre los muchos nobles
arruinados, que allí han podido contarse por
millares, figuraba el príncipe Albrecht, que
fué el niño mimado de la buena sociedad vie-
nense, pero que ahora, pasada la guerra y la

revolución, y viéndose en el ocaso de su juventud, no contaba más que con una modesta vivienda, una renta insignificante y una enorme cantidad de recuerdos de los pasados tiempos felices.

En cambio, las mismas calamidades que arruinaron al príncipe, sirvieron para enriquecer a Otto Lewis, hoy magnate de la industria europea, el más rico fabricante de automóviles de Austria, y antaño obscuro e insignificante obrero de la metalurgia.

Otto Lewis había adquirido la propiedad del antiguo y soberbio palacio del príncipe Albrecht, y en él vivía fastuosamente, compartiendo la morada con su esposa e hijo, el joven Frantz, apuesto y simpático muchacho de veintitrés años que sentía por el príncipe Albrecht una simpatía rayana en admiración.

Lo conoció en el período de transacciones que precediera a la compra del palacio, gravado por innumerables hipotecas; propúsose ser amigo suyo y el príncipe lo acogió de buen grado, a pesar de la diferencia de edades ya que Albrecht, aunque representaba menos, debía frisar en los cincuenta años.

A los padres de Frantz, como perfectísimos nuevos ricos, agradábales y aun estimulaban al hijo para que mantuviese aquella amistad con el aristócrata, a quien recibían y trataban con todos los honores cuando éste se dignaba visitar a los Lewis, en lo que

había sido la noble casa solariega del principado de Albrecht.

Invariablemente, todas las tardes, después de la hora del té, Frantz tenía la costumbre de pasear un rato a caballo, y casi diariamente también, suscitábase ésta o parecida conversación entre el trío Lewis.

Decía el hijo:

—Con vuestro permiso, me voy al pica-
dero.

—¿Y no vas hoy a casa del príncipe—preguntaba el padre.

—Eso es — apoyaba la señora Lewis—. ¿No tienes hoy cita con Su Alteza?

—Sí — respondía Frantz—, antes de ir al picadero, pasaré a visitar a mi amigo Albrecht.

—Pues no olvides saludar a Su Alteza en nombre de tu padre y en el mío.

Y, la nueva rica, hasta iniciada una reverencia, cada vez que nombraba a Su Alteza.

Aquella tarde, cuando el único criado del príncipe anunció a éste la visita de Frantz, estaba el aristócrata enfrascado en una tarea que en él era favorita: removiendo en un cofre, amarillentos legajos de cartas femeninas y anticuados retratos de mujeres...

—¿Qué hacéis, príncipe?—le interrogó el joven, después de un cariñoso saludo.

—Pues ya lo veis: evocando mis buenos tiempos de aventuras galantes.

—¡Ya es un capricho raro conservar esa nutrida correspondencia!

—No es un capricho sino una necesidad, querido Frantz. ¿No comprendéis que ahora no recibo ninguna? Pues leyendo de vez en cuando ésta, me hago la ilusión de que aún no se ha interrumpido mi feliz ciclo epistolar.

Sonrió el joven y dijo, fijándose en cierta fotografía, de las varias que había esparcidas sobre la mesa:

—Cualquiera diría que ese retrato es de Floria Cavallini, la célebre cantante...

—Y lo es, en efecto—respondió el príncipe—, cuando la Cavallini tenía veinte años.

Quedóse abstraído unos segundos y luego prosiguió:

—Por cierto que me hacéis recordar cierto compromiso que tengo que cumplir. Hoy precisamente...

El joven Lewis vió como su amigo se apresuró a obtener comunicación telefónica con la aludida, oyéndolo expresarse así:

—Oye, Floria... ¿No te acuerdas de que hoy tenemos que celebrar un aniversario?—tapó luego el transmisor con la mano y preguntó a Frantz—. ¿Os gustaría cenar esta noche con la Cavallini?—Y, a una señal afir-

mativa del joven, dejó expedito el aparato y continuó:

—Tomaré un reservado en el restaurant Sacher... ¿Supongo que no te molestará que Frantz Lewis venga con nosotros?... Bueno... Si, a las diez.

Colgó el auricular y explicó sonriente:

—Es mi relación femenina más constante... Aunque, ya no nos vemos más que una vez al año, cada aniversario de nuestro primer encuentro...

—¡Notable!—comentó el joven, que en seguida cambió el tema, diciendo—: Príncipe, me disteis palabra de acompañarme algún día al Picadero... ¿Por qué no ha de ser hoy?

—Si es vuestro gusto, yo encantado—respondió el aristócrata.

Minutos después, ambos amigos, cogidos familiarmente del brazo, salían a la calle y montaban en el lujoso automóvil, marca Lewis, que partió en dirección al picadero...

Don Quijote de la Mancha

La famosa obra que ha dado la
vuelta triunfal al mundo entero

Selección de Biblioteca Films - Precio: 50 cts.

II

Cada día, al terminar su ejercicio hípico, Frantz tenía la costumbre de girar una visita al antiguo palacio imperial, convertido a la sazón en una especie de museo público, donde se podía ir a admirar los cuadros, las armas, los objetos de arte y el riquísimo mobiliario que habían pertenecido a la corona de Austria.

El gobierno republicano, confió la salvaguarda de aquellas reliquias, al señor Nepallek, quien ya, en tiempos del imperio, había ejercido el mismo cargo, al servicio privado del emperador.

Nepallek, hombre pasivo y resignado a las circunstancias, mantenía en sus sentimientos un cálido fervor al derrocado régimen, y por eso experimentaba una alegría inmensa a la vista de cualquier persona que pudiese recordarle la esplendorosa época del imperio. Aquella tarde, cuando vió entrar en el palacio al príncipe Albrecht, que venía acompa-

ñando a Frantz, el corazón le brincó de regocijo y se acercó a él, diciéndole con emoción:

—¿Vuestra Alteza no recuerda de mí? Soy Nepallek, el viejo guarda-muebles de Su Majestad el Emperador.

—Claro que me acuerdo — respondió el príncipe, mientras le tendía la mano con cordialidad—y tengo verdadero placer en verle, alegrándose mucho haber acompañado hasta aquí a mi amigo Frantz Lewis...

Enfrascáronse ambos en animada conversación, que aprovechó Frantz para escurrirse y penetrar en las habitaciones particulares del celoso guarda-muebles, donde se hallaba el único motivo de aquellas sus diarias visitas al palacio del emperador. Y este motivo era Lily, la lindísima hija del señor Nepallek.

Frantz y Lily se profesaban mutuamente esa gran simpatía que es en los jóvenes vanguardia del amor, y aunque este sentimiento permanecía aun inconfeso por la timidez de Franz, veíase latente en los saludos, en las palabras y en las miradas de ambos...

—¿Cómo le va, desde ayer, a mi encantadora amiguita?—preguntó el joven, a manera de saludo.

Lily, levantó la cabeza y se limitó a contestar con una amable sonrisa. Después, continuó trabajando sin más ceremonias, como

no dándole importancia a la visita que, en realidad, por su frecuencia, no podía ella considerar de mucho cumplido...

En la pared del pequeño gabinete donde la señorita Nepallek, muy embebida en una labor de bordado, recibió aquel día a su amigo Franz, descubrió éste un pequeño retrato en el que creyó ver a Lily ataviada a la moda de 1840, pues dijo:

—Está usted encantadora en esa preciosa miniatura, Lily...

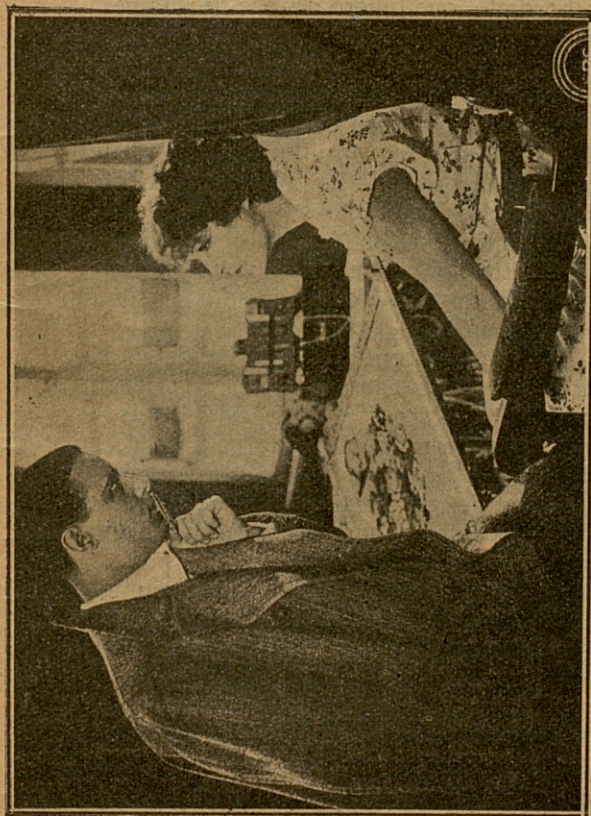
—Y usted está sencillamente confundido— replicó ella—. Esa miniatura reproduce el retrato de mi abuela, una dama que, entre otras cualidades, tenía la de ser una mujer bellísima... Y usted, querido Frantz, me hace demasiada lisonja con su premeditada y fingida confusión.

—Mi palabra de honor, que creía de buena fé lo que he dicho... Y todo el que vea la miniatura dirá lo mismo, porque el parecido es asombroso, es decir: suponiendo que el retrato fuera de usted, opinaría como yo, que afirmo que el original es más bello aun...

—Decididamente, viene usted hoy en extremo galante...

—Justa compensación a la actitud de usted, a quien hallo a mi vez demasiado modesta.

—Mejor dirá usted hacendosa... Y es que sólo me faltan unos puntos para terminar



— Esa miniatura reproduce el retrato de mi abuela...

este bordado, que quiero acabar de una vez... Usted es muy bueno, Frantz, y sabrá perdonarme esta descortesía...

Entretanto, Nepallek, hacía pasar al príncipe revista del tesoro confiado a su custodia, mostrándole con orgullo la perfecta conservación, el orden y la pulcritud que presidía en todos los objetos.

—Si algún día Su Majestad pudiese restituirse al trono, encontraría intacto el mobiliario de la corona—decía con satisfacción el buen funcionario.

—En efecto—contestó el príncipe—. No creí yo que esto estuviera así, y le felicito efusivamente. Pero... ¿Dónde está Lewis?—agregó con sorpresa, notando la falta de su amigo.

—Debe de estar con Lily—explicó Nepallek—. Vamos a buscarlo y tendré el gusto de presentarle a mi hija...

Minutos después, estaban todos reunidos en el gabinete de costura, y como a Frantz no le interesaba ver a Lily en comunidad, pronto inició la retirada, diciendo:

—¿Vámonos, príncipe?...

—Cuando queráis—contestó el aludido.

En la despedida, el joven Lewis pudo deslizar estas palabras en el oído de Lily:

—¿Me querrá usted conceder la dicha de venir a saludarla esta noche?

—Concedida—dijo ella.



Se le presentó vestida igual que la dama de la miniatura.

Ya en la calle, el príncipe, a quien había causado profunda impresión la señorita Nepallek, expresó a Lewis:

—Es un verdadero encanto la pequeña... ¿Acaso estáis prometido a ella, amigo Frantz?

—¡Oh! Todavía, no...—contestó el joven algo turbado.

Y Albrecht, comprendiendo que su amigo

había dicho más que suficiente para tener cabal idea del estado de su corazón, sonrió instintivamente y guardó silencio. Sin embargo, el aristócrata, sin explicárselo a sí mismo, sentía un vaho de resquemor y no podía apartar de su mente la deliciosa imagen de Lily.

Momentos antes de las diez, llegaba de nuevo Frantz al domicilio de su adorada, donde ésta le tenía reservada una sorpresa, pues se le presentó vestida igual que la dama de la miniatura. Estaba encantadora con la pámela y el polisón, evocadores de la clásica época del romanticismo.

Lily saludó a Frantz con una reverencia de minué, y le dijo:

—¿Qué opina usted de esta antigualla tan lejos de la moda actual?

—Que cuando el modelo es tan lindo como usted, están bien las modas de todos los tiempos...

Lily, para completar la ilusión, envolvió el cuello de su amigo con una gran chalina, hizole caer sobre la pechera un voluminoso lazo de corbata, le levantó las solapas del frac y, cogiéndole del brazo, lo llevó ante un espejo. En efecto, la pareja, parecía arrancada de un cuadro de la época.

—¿Qué le parece?—preguntó ella con alborozo.

—Pues que de esta guisa yo no puedo hacerlos más que una declaración romántica.

Y cayendo de hinojos a los pies de Lily, habló:

—Para mí, no hay más cielo que tú, ni existe otra aspiración de gloria que la de poder casarme contigo... ¿Te gusta, ángel mío?

Reíase ella a carcajadas mientras Frantz le inundaba de besos las manos.

—Bromas aparte—agregó él, irguiéndose de pronto—. ¿Quiere usted ser mi esposa, Lily?

Como el verdadero amor no se ríe, la joven puso su gesto más grave, y tras una breve pausa de silencio, exclamó:

—¡Sí!

Pero el sonido de la *i* se perdió en el chasquido del primer beso, que surgió espontáneo, como una rúbrica a aquel pacto de amor.

—Supongo que pasará usted la velada conmigo—preguntó mimosa Lily.

Un gesto de contrariedad dibujóse en el semblante de Frantz, al acordarse de la cita que tenía con el príncipe.

—Imposible—contestó, y bien que lo siento; pero tengo que acudir a una invitación de mi amigo Albrecht... A menos que usted se empeñe en que no vaya...

—¿Yo? ¡De ninguna manera! Los hombres han de cumplir siempre su palabra.

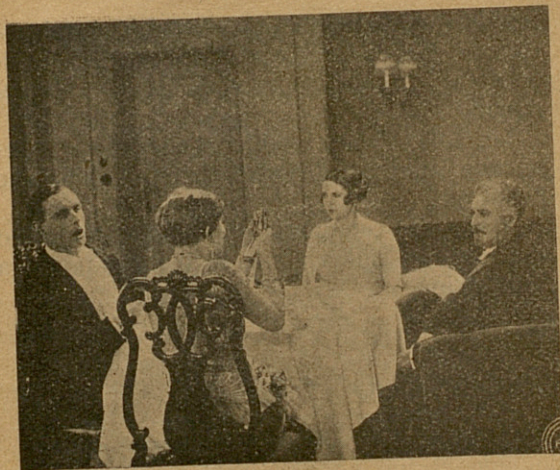
Y Lily, comprensiva y resignada, se apresuró a desposeer del disfraz a su novio. Momentos antes había éste encendido un cigarrillo, dejando la pitillera sobre la consola, precisamente debajo de la miniatura de la abuela, y ella, aprovechando un descuido de Frantz, cogió el pequeño retrato y lo introdujo en aquella prenda, con la indudable intención de que su amado experimentase una grata sorpresa cuando, lejos de allí, volviera a hacer uso del citado adminículo. Al despedirse, tuvo Lily buen cuidado de que Franz se llevase su pitillera...

Con media hora de retraso llegó Lewis al restaurant Sacher, donde esperábanlo el príncipe y su amiga Floria Cavallini, la que, después de los saludos de rúbrica, preguntó cariñosamente a Frantz:

—Dígame con franqueza... ¿No os hemos privado, con este convite, de una diversión mejor? •

—¡Oh, no señora!—contestó el joven, a quien una sonrisa burlona del príncipe, hizo poner colorado...

La Cavallini, a pesar de sus cuarenta años, era mujer de extraordinaria belleza, y en toda ella se reflejaba un aire de distinción y simpatía, agrandándose más esta última cualidad cuando se la trataba íntimamente porque en seguida poníase también de manifiesto su natural bondadoso y humilde. En



Pitillera que abrió la interfecta, tropezando con la miniatura.

su primera juventud había amado fogosamente a Albrecht, amor que ahora persistía más sosegado, con el carácter de afectuosa ternura fraternal, aunque, antes y después, el más ferviente anhelo de Floria, era llegar a ser la esposa del príncipe.

Iba mediada la cena, cuando, sin previo anuncio, irrumpió en el reservado una joven de carácter alocado y travieso. Se trataba de Frieda, una "demi-mondaine" enamorada de Frantz, que había hecho y estaba dispuesta a hacer todo lo humanamente posible por quitarle el novio a Lily Nepallek. Hallábase

con un amigo en el departamento contiguo, conoció la voz de Lewis, y el exceso del alcohol la impulsó a cometer aquella irreverencia.

—¡Hola, Frantz!—dijo al entrar—. Parece que aquí se divierten ustedes más que nosotros...

Y sin más ceremonia, tomó asiento al lado del joven, a quien no le hizo mucha gracia la invasión.

* * *

Galante el príncipe, la invitó a que compartiese con ellos la cena.

—¡Gracias! No tengo apetito—expresó Frieda—. Solamente puedo aceptar un cigarrillo...

Apresuróse Frantz a ofrecerle su pitillera, que abrió la interfecta, tropezando en seguida con la miniatura, y apoderóse de ella, sin que pudiera evitarlo el joven, que se quedó mudo de sorpresa...

—Mira por donde voy a conocer a la dama de tus pensamientos—dijo Frieda, mirando el retrato.

—¡Dame eso en seguida!—exclamó, ya repuesto, Lewis.

—Espera, hombre, no me la voy a comer... Te alabo el gusto, chico...

Se había levantado, después de introducir rápidamente por el escote de su vestido el pequeño retrato.

—¡Te digo que me lo des!—gritó Frantz enfadado de veras, y levantándose a su vez.

Se estableció una persecución alrededor de la mesa. Floria contuvo a Lewis, diciendo:

—Mientras más interés demuestre usted por ese retrato, peor... Menos querrá ella devolvérselo.

Frieda ganó la puerta y dijo, antes de desaparecer:

—Si quieres reconquistar tu miniatura, ven a buscarla a casa mañana por la mañana.

Los tres la oyeron correr como una loca por el pasillo, gritando:

—¡Esclavo! ¡Un taxi!

Pocos minutos más permaneció Franz en compañía de la pareja. Atribulado en grado sumo, depidióse de Floria y del príncipe, pretextando hallarse indispuesto y pidiendo mil perdones...

Cuando se retiró, habló la Cavallini:

—Parece que Frantz va muy preocupado con lo ocurrido... ¿Qué prenda de amor será esa antigua miniatura?

—No sé—contestó el príncipe—. Pero el joven Lewis, es tan sentimental...

—Conozco a Frieda y los sentimientos que

abriga hacia Lewis, de quien está enamoradísima... Mucho trabajo le costará a tu amigo arrancarle el retrato. Eso, si no hace alguna barbaridad cerca de la interesada. ¿Tú no puedes calcular quién pueda ser ella?

—Palabra, que no...

Y al deir este, Albrecht, quedóse ensimismado, evocando en su pensamiento la encantadora figura de Lily Nepallek.

No haga el ridículo en sociedad
¿Quiere usted aprender a bailar?

Adquiera hoy mismo nuestros métodos prácticos y sencillos de

Charleston y Black Bottom

25 céntimos cada método

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

III

No esperó Frantz mucho tiempo para decidirse a rescatar la miniatura que, para él había adquirido el carácter de joya de inapreciable valor. A la mañana siguiente, bien temprano, adquirió en un bazar un vistoso imperdible de piedras falsas, y marchó a casa de Frieda, convencido de que ésta aceptaría complacida el cambio de prendas.

La "demi-mondaine" estaba aún en su mejor sueño cuando llegó Lewis, y una doncella tuvo que despertarla para anunciarle la visita. Frieda saltó del lecho y fué al gabinete donde había sido introducido Frantz, a quien saludó con escandalosa alegría, propinándole una inserta de besos, que él aceptó resignado, pensando que todo estaría bien si al fin conseguía su propósito.

Después de aquella expansión, la joven hizo mutis, diciendo:

—Perdóname un instante... El tiempo de vestirme de un modo decente.

Siglos le parecieron a él los tres cuartos de hora que tardó Frieda en ataviarse, de modo que, cuando ella volvió a presentarse, Frantz, que había llegado a la cúspide de la impaciencia, le soltó sin más preámbulos:

—Vengo a recordarte tu promesa de anoche. ¿Me quieres dar la miniatura?

—Te creía un poco más galante... ¡Ni siquiera tienes la prudencia de disimular... ¿Tanto te interesa esa mujer?

—Mira, Frieda, no seas tontá, que aquí no hay mujer que valga...

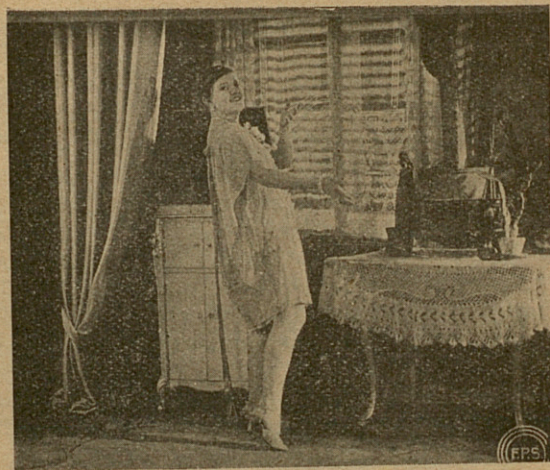
—¿Entonces?...

—Entonces—interrumpió Frantz, urdiendo con agilidad mental esta historia—; se trata de un retrato antiguo que forma parte de cierta colección que mi padre tiene en muchísima estima. Yo, anoche, con ánimo de que me sirviera de recordatorio y no encontrando otra pequeña prenda a mano, la puse en la pitillera... ¿Comprendes? Y todo mi interés consiste en restituirla pronto a su puesto, antes de que mi padre la eche de menos.

Frieda fingió creer el cuento.

—Pobre Frantz—dijo—. Si lo llego a saber, no te expongo a un grave disgusto con el autor de tus días.

Juzgó él llegado el instante de dar el golpe de efecto, y sacó el estuche del imperdible, que entregó a Frieda.



—¿Es tuyo ese auto?—preguntó.

—Toma—expresó—. Te he traído esa bagatela para que llenes con ventaja el hueco que deje en tu bolso la miniatura, que para nada te sirve...

La joven cogió el alfiler y fué a examinarlo a la claridad del balcón. Instintivamente, dirigió la vista a la calle y viendo el soberbio auto de Frantz, consideró la poca relación existente entre la riqueza del vehículo y la pobreza del regalo.

—¿Es tuyo ese auto?—preguntó.

A la señal afirmativa de Lewis, ella agregó:

—No puede negársele nada al propietario de un coche tan lujoso... aunque sea un embustero como tú. Voy a devolvarte en seguida el retrato de tu amor.

Y, sin hacer caso de las protestas de Frantz, que aun intentaba defender su mentira, fué al tocador y sacó de un cajoncito la prenda en cuestión. Por cierto que, al extraerla de su escondite, descubrió en el respaldo del retrato la siguiente inscripción:

"Lily Nepallek a Frantz Lewis, en recuerdo de una hora romántica".

Patente la verdadera significación del discutido objeto, Frieda acordó no restituirlo a su amigo y volvió a esconder la miniatura, regresando al lado de Frantz.

—¿Tú la quieres mucho?—le preguntó.

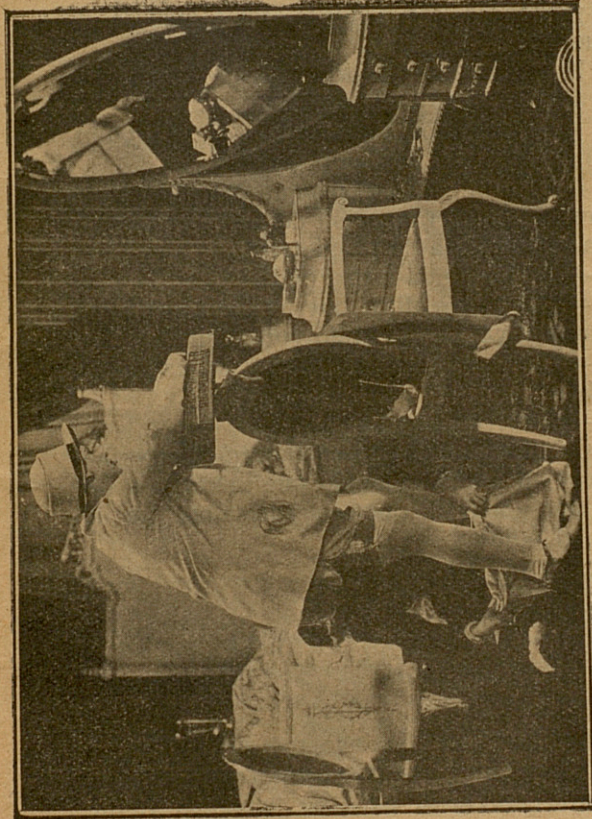
—¿A quién...?

—A la señorita Nepallek...

Púsose lívido al considerar que, aquella prójima, estaba enterada de todo; pero se repuso enseguida y decidió cambiar de táctica, mostrándose cínico.

—Sí, la quiero, con toda mi alma—expresó Frantz con valentía.

—¿Más que yo a tí?—. Y como él contestara con un gesto afirmativo, agregó ella:



Cogió la guía de teléfonos dispuesta a averiguar el domicilio de su rival.

—¡Entonces, esa señorita, tiene más suerte que yo!

Lewis estaba al borde de la desesperación y dijo en tono descompuesto:

—Acabemos, Frieda... ¿Me das la miniatura o te estás burlando de mí?

—Es inútil que te pongas así, porque he tomado la determinación de devolver yo misma el retrato a su propietaria...

—Tú no harás eso, Frieda...

—¿Que no? Mira: hoy no tenía nada que hacer, y ya me ha caído entretenimiento.

—¿De modo que tu resolución es irrevocable?

—¡Irrevocable!

Convino él, consigo mismo, que de permanecer allí hubiera tenido que matarla, y optó por ganar la puerta, retirándose sin decir ni adiós.

Entonces, Frieda, que por naturaleza tenía un espíritu travieso, capaz de todas las locuras, cogió la guía de teléfonos y, dispuesta a averiguar el domicilio de su rival, confeccionó una lista, con las direcciones de todos los Nepallek que vivían en Viena.

Habíase encasquetado el sombrero y ya se iba a la calle, cuando llegó el amigo de turno, que la acompañaba la noche anterior en el restaurant Sacher.

—Vamos—le dijo, cogiéndolo de un brazo y arrastrándolo hacia la escalera—. Hoy nos ha caído bastante trabajo, pues tenemos que visitar a todos los Nepallek de la ciudad.

Selección de BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla

BEN-HUR

y que ha consagrado al joven actor

RAMON NOVARRO

50 cts.

Solicite ejemplares antes que se agoten a
BIBLIOTECA FILMS, Aparid. 707. Barcelona

IV

De vez en vez, Lily, solía acompañar a su padre en las inspecciones que éste verificaba por los vastos salones donde estaban los muebles y objetos confiados a su custodia y, aquel día, el señor Nepallek, llevando a su hija al lado, dióle por detenerse delante de los óleos que retrataban a los miembros de la extinguida familia imperial. Cada uno de ellos, surgió al anciano una frase pronunciada con orgullo, de esta o parecida índole:

—Contempla, hija mía, el retrato de la emperatriz María Teresa. Mi trisabuelo estuvo a su servicio...

Más allá, se expresó así:

—Mira el emperador Francisco José, en 1848. Mi padre, mi abuelo y yo, lo hemos servido fielmente...

Lily, menos intrigada que aburrida ante aquellas disquisiciones que había escuchado infinidad de veces, preguntó:

—¿Quieres decirme papá, a qué viene ahora esa lección de historia?

—Pues viene, sin intención de molestarte, para que reflexiones, hija mía, y pienses si ese señor Lewis es digno de entrar a formar parte de nuestra ilustre familia...

Como una bomba, cayó a Lily aquella salida, que no esperaba... De sobra conocía el rancio criterio del autor de sus días propósito de la nobleza de la sangre, de los escudos, blasones y otras cosas por el estilo, que ya habían caído en desuso desde el advenimiento de la república. Pero ella no creyó este sentimiento tan arraigado en su padre, como para esgrimirlo incluso en lo que podía considerarse atentado a su felicidad.

No quiso entablar discusión sobre tan espinoso asunto, limitándose a expresar con un gesto de desagrado su disconformidad con el aserto y guardó un largo y profundo silencio, cosa que, para el señor Nepallek, constituyó la mayor y más elocuente de las protestas filiales.

Mientras padre e hija proseguían su inspección por los rincones del palacio, Frantz Lewis, había acudido a solicitar la ayuda de Floria Cavallini en aquel desagradable incidente de Frieda.

Con enorme tribulación refirió a la cantante lo sucedido en casa de la "demimondaine".

—Mucho me temo—expresó al final de su

relato—que esa loca haga alguna tontería que me ocasione un disgusto grave con Lily.

La Cavallini, que experimentaba una simpatía maternal por el joven Lewis, reflexionó un instante y dijo:

—¿Usted quiere de verdad a la señorita Nepallek?

—Será mi esposa si Dios o ella no se oponen...

—Entonces, ¿por qué no le cuenta lo sucedido? Nada grave hay en ello.

—No, no me atrevo... —contestó Frantz con aflicción—. ¡Acaso no me creyera!

Naturalmente conocedora del alma femenina, Floria convino que el joven no estaba desprovisto de fundamento al pensar así. Buscó la solución por otro lado...

—Sé que el príncipe Albrech—dijo de repente—tiene mucha amistad con el señor Nepallek, y yo le pediré que intervenga antes de que Frieda intente cualquier cosa...

—Lo que haga usted en mi favor, yo se lo agradeceré con toda mi alma...

Pero Frantz no podía arrojar de sí el presentimiento de que todo auxilio resultaría ineficaz para evitarle un incidente en sus relaciones con Lily, y cuando dejó a Floria, se dirigió al palacio imperial sin decidir lo que iba a decir ni a hacer, así que se viese delante de su amada. Por eso no supo si alegrarse o desazonarse más, cuando en casa del señor

Nepallek, le dijeron que Lily había salido...

El joven Lewis llegó a su casa con la preocupación retratada en el semblante, tanto que, su padre, le dijo al verle:

—Te veo muy abatido, ¿qué te pasa?

—Nada, papá... Acaso me haya cansado hoy demasiado, en el picadero...

—¿Ah, pero vienes del picadero?

—No, ahora vengo, como de costumbre, del palacio imperial. Ya sabes que, todos los días, voy allá después de mi ejercicio de equitación.

—¿Y se puede saber en qué consiste la causa que te lleva tan a menudo al palacio?

Se inmutó Frantz, que contestó tartamudeando, como un chico que no acertase a hilar bien la mentira:

—Pues... voy... porque... ¡Hay allí unos muebles tan magníficos!

—Está bien, hombre—contestó con sonrisa burlona el señor Lewis—. No sabía yo que heras tan aficionado a las antigüedades.

Frantz, después de comer, se encerró en su despacho donde pasó toda la tarde, ora reflexionando, ora escribiendo cartas a Lily que no le saldrían muy de su agrado cuando, apenas escritas y examinadas, eran condenadas al cesto.

Entretanto Frieda y su amigo de turno, recorrieron todos los barrios de Viena, llamando a las puertas de los Nepallek cuyas

direcciones llevaban en lista, para inquirir el paradero de la señorita Lily. Después de un sin fin de visitas infructuosas, dieron en el palacio imperial, donde Frieda pudo convenirse, por la conversación que tuvo su acompañante con la propia interesada—ya que ella por precaución, se quedaba en el auto mientras él indagaba—que allí vivía la novia de Frantz Lewis.

Medía hora después, recibía Lily un abultado sobre del que extrajo, con la natural sorpresa, la miniatura y una esquelita concebida en estos términos:

"Señorita, el señor Lewis se ha dejado olvidado en mi casa ese retrato. Recomiéndele que no sea tan distraído otra vez pues resulta verdaderamente lamentable esta mezcla en sus diversos asuntos amorosos.—Una amiga."

La maldad de Frieda, había sabido dirigir bien a fondo la estocada. Lily, al terminar de leer la horrible misiva, estuvo a punto de desmayarse, a pesar de la gran entereza de su carácter... Sin embargo, mujer enamorada al fin, lloró copiosamente el desengaño, prometiéndose olvidar al hombre indigno a quien de tan buena fe, había hecho entrega de su corazón.

Aquella noche, cuando Frantz llegó de

nuevo al palacio imperial, un criado le dijo lisa y llanamente que la señorita Nepallek no podía recibirle.

El desconsuelo del joven Lewis no tuvo límite. Más de dos horas estuvo vagando, como alma en pena, alrededor del vetusto edificio.

Los siete niños de Ecija

Historia llena de emoción y aventuras,
según datos y apuntes recopilados
en los archivos y principales biblio-
otecas de Madrid y Sevilla

Precio del cuaderno: 25 céntimos

Pedidos a Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

V

Flora Cavallini cumplió su palabra de encargar al príncipe Albrecht que fuera a palacio, para que pusiera de manifiesto la verdad, caso de que se hubiese consumado la amenaza de Frieda. Y el príncipe se apresuró a desempeñar con agrado la misión, trasladándose inmediatamente a la imperial morada, donde fué recibido con júbilo por el señor Nepallek.

—Si Su Alteza dispone hoy de más tiempo —le dijo— abriré los armarios y evocaremos gratísimos recuerdos, contemplando el vestuario de Su Majestad.

—Como gusteis, querido Nepallek...

Con gran devoción, como si pusiera de manifiesto sagradas reliquias, el buen conserje, fué sacando del guardarropa los trajes de ceremonia que fueron de uso del emperador y sus cortesanos.

A la vista de determinados uniformes, exclamó Nepallek:

—¿Os acordáis, príncipe? La última vez que nos engalanamos con este indumento fué para asistir a los funerales de Su Majestad Don Francisco José...

—En efecto—expresó Albrecht, contagiado ya de la emoción que sentía el fervoroso guardian—. ¡Y quién sabe si nos lo volveremos a poner, algún día... !

—¿Por qué no, hoy? Si Su Alteza quiere, podemos engalanarnos ahora mismo, para vivir unos instantes de bella ilusión!

—¡Sólo vos, Nepallek—exclamó el príncipe, profundamente emocionado—, sabéis rendir este tributo, con vuestro recuerdo !

A los pocos momentos, Lily, sorprendía a ambos, empaquetados en sendos uniformes, paseándose por aquellos salones con aire de ceremonia. Un poco se inmutó el príncipe, a la vista de la joven.

—Somos dos viejos locos, señorita—dijo— que aun nos resistimos a creer que el pasado ha muerto—. Y volviéndose a Nepallek, agregó: —Demos fin a la extravagancia, rogándole a vuestra hija que no se ría de nosotros...

—¿Yo, por qué?—expresó Lily—. Creed, príncipe, que comprendo perfectamente ese amor a las tradiciones...

—¿Vuestra Alteza nos hará el honor de comer con nosotros?—preguntó Nepallek.

Asintió el príncipe. Y, mientras Lily fué a

disponer lo necesario, ellos, cambiaron la fantasía por la realidad, adoptando de nuevo sus indumentos.

Durante la comida, que se desarrolló en un ambiente de familiaridad, el príncipe estaba encantado de la gracia y simpatía de Lily. Había olvidado el motivo que lo llevara allí, o no encontró ocasión propicia para abordar el tema, ya que el nombre de Frantz no fué traído a colación por los Nepallek.

Sin embargo, cuando Lily, por ruego de su padre, hacía los honores de despedida al noble invitado, acompañándolo hasta la puerta, éste decidióse a cumplir su embajada, diciendo:

—Tengo que deciros algo muy particular, señorita.

—Soy toda oídos, príncipe...

El aristócrata a fuer de caballero, sin apartarse ni una línea de la verdad de los hechos, refirió a Lily cuanto había pasado en el reservado del restaurant Sacher, terminando con la siguiente petición de gracia para el joven Lewis:

—Y como yo soy el único responsable, no creo que debais extremar vuestro rigor con el amigo Frantz.

Pero ella, que aun sentía punzante su enojo, contestó:

—Si su amor a mí fuera sincero, no sen-

tiría nunca ganas de ir a cenar con otra mujer.

—Perdonadlo, señorita... Es tan joven... ¿Qué sabe él todavía lo que es amor?

El príncipe Albrecht, salió a la calle con la conciencia tranquila de haber cumplido un deber. Pero su pensamiento, lleno de la encantadora visión de Lily, estaba elaborando inconscientemente una traición a la amistad.

Al señor Nepallek, no le había pasado inadvertida aquella solicitud del príncipe para su hija, y lo comentaba en su interior de un modo favorable, acariciando la ilusión de ver a Lily convertida en princesa. Quiso sondearla a este propósito:

—¿Qué te parece mi amigo Albrecht, hija mía?

—¡Oh, papá!—exclamó Lily—. ¡Qué quieres que me parezca! El príncipe es todo un caballero...

—Naturalmente, eso no se puede poner en duda, Lily... Lo que yo quiero que me digas es si lo encuentras demasiado viejo...

—¡Oh, no! El príncipe es aún bastante joven... No es ningún niño, pero dista mucho de ser un anciano...

No quiso inquirir más el padre, temeroso de descubrir demasiado su pensamiento, con el cual había ido quizá demasiado lejos... Pero la alegría íntima que le invadiera duró en él toda la noche y parte del día siguiente,

hasta que una cosa imprevista vino a sumir al celoso funcionario en la más terrible de las desesperaciones.

El hecho se debió al opulento señor Otto Lewis, que tuvo una genialidad de nuevo rico, pues reflexionando sobre la explicación que le diera su hijo acerca de sus frecuentes visitas al palacio imperial, se le ocurrió ofrecer al gobierno republicano una suma fabulosa por el mobiliario de la corona, siendo aceptada la proposición por el ministerio en pleno, que vió en ello un buen medio de robustecer la mermada hacienda pública.

Cuando el señor Nepanek tuvo conocimiento de la transacción, a poco se desmaya. Y cuando empezaron a extraer muebles de la regia morada, parecía que, con cada uno, le sacaban a él un pedazo de sus entrañas.

El señor Lewis, le dijo:

—Comprendo vuestra desesperación, pero el gobierno ha decidido cambiar este mobiliario improductivo por cosas que sean más útiles al país..

—Pero...—decía desesperado Nepallek— ¿Los muebles que tengan un interés histórico no serán enajenados?

—¡Aquí todos los muebles tienen interés histórico!—contestó el nuevo rico.

Los mayores esfuerzos imaginables tuvo que hacer Lily, para consolar a su padre que lloraba como un niño bajo las naves vacías...

—¡Ya no tengo reliquias que guardar!— exclamaba—. ¡Se lo han llevado todo! ¡Y esta inmensa desgracia hay que agradecerse al padre de Frantz!

Por despiadado contraste, el padre de Frantz, no cabía en su pellejo, de orgullo y satisfacción, cuando al llegar a su casa, dijo al joven Lewis:

—Ya no necesito de ir al palacio imperial para admirar los muebles. ¡Los he comprado todos!

—Gracias, papá... No sabes cuanto te agradezco tu exquisita atención. En efecto, "ya no tengo necesidad de ir más al palacio imperial".

Y esta última frase, pronunciada por el joven Lewis con un dejo de tristeza, tenía un alcance que el padre no podía comprender.

VI

El príncipe Albrecht, mostróse agradablemente sorprendido cuando su criado le anunció la visita de la señorita Nepallek.

La recibió con su habitual caballerosidad y galantería, diciendo:

—¿A qué debo el honor de tan grata visita? ¿En qué puedo ser útil a la bellísima Lily?

—Vengo a rogaros que vayais a consolar a mi padre, a quien la decisión del gobierno de vender los muebles imperiales, lo ha dejado anonadado... ¡Y vos sois el único que podéis levantar su decaído espíritu!

—¡Pobre señor Nepallek — exclamó el príncipe—. El golpe ha sido fatal para él y comprendo cuanto estará sufriendo. Ahora mismo me trasladaré a su lado y trataré de disipar su dolor. Es un sagrado deber de amistad.

—¡Oh, muchas gracias, príncipe! Y perdo-

nad mi atrevimiento, pero ví a mi padre tan abatido que temí por su salud.

En este punto de la conversación, el criado penetró en la estancia y pronunció unas palabras al oído del príncipe. Este dijo:

—Que haga el favor de esperar un momento en la antesala—. Y, dirigiéndose a Lily, le explicó: —Es Frantz Lewis... ¿Debo hacerle entrar aquí?

Ella palideció, apresurándose a contestar:

—¡No, por Dios, de ninguna manera...!

—Bueno, señorita. No os alarmeis que enseguida lo despacho... Tengo la suficiente confianza con él para eso. Esperad un minuto...

El aristócrata, salió a la antesala, y dijo al joven Lewis mientras estrechaba su mano:

—Perdonad, querido Frantz, pero estoy en conferencia, con un antiguo colono...

—El que tiene que perdonarme sois vos, príncipe, por haberos interrumpido... Pero sé que prometisteis a Floria Cavallini ir a ver a Lily y estoy ansioso por saber lo que os ha dicho.

—Aun no he podido verla — mintió con descaro el aristócrata—. Pero, hoy sin falta, iré a hablar con ella... Después, yo mismo pasaré a buscaros a vuestra casa. Esperadme allí.

Despidióse Frantz y el príncipe regresó al lado de Lily, a quien interrogó:

—¿Por qué no habeis querido ver a Lewis?

—Porque he perdido la confianza con él.

—Entonces...—y el príncipe titubeó, dando luego a sus palabras una entonación particular—. Yo debo sentirme orgulloso al saber que vuestra confianza la tengo yo.

Momentos después, el noble acompañaba a Lily hasta su casa, donde halló al señor Nepallek en un estado de aflicción que daba verdadera pena...

—Mi querido amigo—dijole Albrecht, con un fraternal abrazo—. Hay que tener fortaleza hasta el final, para demostrar a nuestros enemigos que somos de una casta superior. Además, el pasado ha muerto... ¡Ya no hay que pensar sino en el porvenir!

—El porvenir...—gimió el pobre Nepallek—. ¿Se puede tener esperanza en el futuro, cuando está uno ya en el ocaso de la vida?

—Vamos, Nepallek, no seáis tan pesimista... Miraos en mi ejemplo: ¡Cuánto más que vos no he perdido yo, y aun tengo fe en los días que han de venir!

Como presumía Lily, el señor Nepallek, encontró gran alivio en su pesar con las palabras del príncipe. Poco a poco se fué reanimando y acabó por mostrarse expansivo y locuaz. Ella los dejó enfrascados en una ami-

gable conversación, retirándose a sus habitaciones.

Fué entonces cuando el príncipe se decidió a dar un paso decisivo, explorando la voluntad de Nepallek acerca del propósito que, iniciado en la mente de Albrecht de una manera brumosa, se había agigantado aquella tarde, tomando forma precisa y empuje arrollador.

—Vamos a ver, querido Nepallek—se expresó el príncipe con parsimonia—. ¿Qué opinaríais vos, acerca del posible enlace mio con vuestra hija?

Por dignidad no respondió aquel besando y abrazando al príncipe, de alegría... Pero, la ola de satisfacción que lo invadiera le impidió contestar de repente.

—Yo...—balbuceó tras breves segundos—. Me consideraría honradísimo y feliz... Y, creo que ella también...

Pocas palabras más bastaron para cerrar el pacto: Nepallek hablaría a Lily y, aquella misma noche, el príncipe, tendría una contestación categórica.

No era Albrecht hombre de andarse con rodeos, y de allí se trasladó al domicilio de Lewis que lo esperaba impaciente.

—¿Qué hay, príncipe? ¿La habeis visto, al fin?

Contestó el aludido con un gesto afirmativo y luego dijo, sin ambages:

—Yo me atrevo a aconsejaros cariñosamente, amigo Frantz, que olvideis a Lily Nepalek y busqueis otro entretenimiento...

—¡Qué decís, príncipe! ¡Pero si Lily es para mí algo más que un entretenimiento! ¡Yo quiero casarme con ella!

A esta vehemencia, Albrecht, objetó con una sonrisa irónica:

—Pero da la casualidad que yo también quiero casarme con ella... ¡Y los dos no podemos !

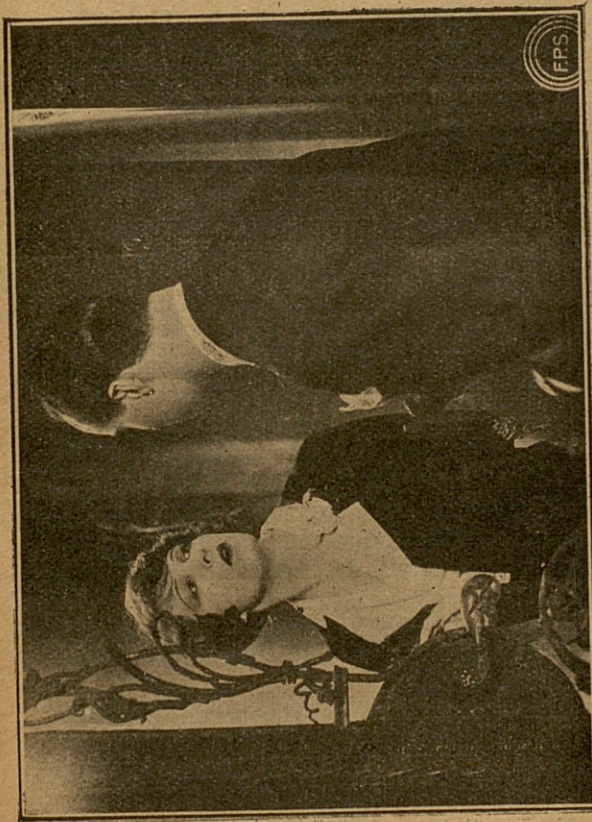
Una bomba que hubiese estallado a los pies de Lewis no le habría producido tan desastroso efecto como aquellas frases. Hizo un poderoso esfuerzo de dominio sobre sí mismo y habló expresándose con fingida naturalidad:

—Vos no podeis, ni debeis hacer esa traición a mi amistad, príncipe...

—Joven—repuso friamente el aristócrata—, el corazón salta por encima de todos los deberes.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!—exclamó Lewis con exaltación—. ¡Tendremos que batirnos a muerte!

—Reprimid esa fogosidad, amigo Frantz, que a nada conduce. Un duelo entre nosotros sería perfectamente inútil... Esta noche, vendreis conmigo a casa de Lily y ella decidirá la cuestión, eligiendo entre los dos... ¿Os conformáis?



— ¡Me casaré con el príncipe Albrecht!

—¡Me conformo!—. Y el joven Lewis, sin alargar la mano al príncipe, a quien consideraba ya como un enemigo, lo despidió con una reverencia, diciéndole: —A las diez en punto estaré en la puerta del paalcio imperial.

Frantz, vivió las horas que faltaban hasta la convenida, presa de una agitación febril. Como un autómeta, acudió a la cita, y también se presentó a Lily en un estado de inconsciencia, en compañía del príncipe. Este había preparado de antemano al señor Nepallek, que fué quien tomó la palabra para salir cuanto antes de la embarazosa situación.

—Hija mía—habló solemnemente—. Estos dos caballeros solicitan tu mano. Tú dirás por cual te decides.

Ella, que había experimentado profunda impresión a la vista de Frantz, contestó:

—Os pido sólo unos instantes para reflexionar...

Y se retiró a sus habitaciones.

Quiso la mala suerte de Lewis que Lily, al refugiarse en su tocador, posara la vista en

la célebre miniaturâ, reviviendo en ella el enojo que despertó a las punzadas de la evocada ofensa. El alma femenina, por muy enamorada que esté, no perdona tan fácilmente un agravio hecho a su amor. Por eso, la reflexión de la señorita Nepallek, naufragó ante aquella nueva revulsión de sus nervios, que la hicieron tomar una determinación "irreflexiva".

Se apresuró a efectuar su aparición ante el trío, diciendo con una mirada desatiante, que dirigió a Frantz:

—¡Me casaré con el príncipe Albrecht!

VII

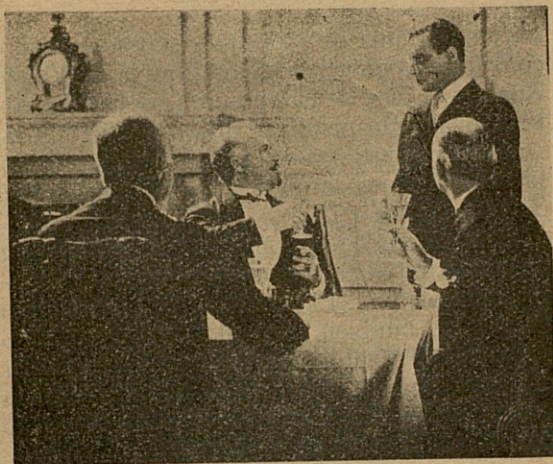
Aquella noche, en el restaurant Sacher, se hallaba el príncipe, cenando con varios amigos, cuando entró Frantz Lewis en el comedor. Venía éste, con gesto sombrío, que, contrastaba de una manera ostensible con la alegría que reinaba allí. En el crítico instante de la entrada del joven, uno de los comensales alzaba su copa diciendo:

—¡A la salud de los futuros esposos!

Se le nubló la vista a Frantz y, vibrando todo él de coraje, arrebató la copa de manos del brindador, y arrojó con violencia el líquido a la cara del príncipe Albrecht.

Quedarónse los circunstantes mudos de asombro y un velo de tristeza ensombreció la cara del aristócrata, que inclinó la cabeza sobre el pecho, acaso para disimular una lágrima furtiva de pena o de rabia...

Y fué inevitable el lance de honor que Frantz buscó con tanto empeño. Concertadas las condiciones por los padrinos de ambas



Se le nubló la vista a Frantz, vibrando todo él de coraje.

partes, el encuentro tuvo lugar a la madrugada siguiente. El duelo era a pistola, disparando alternativamente los combatientes, sin limitación de disparos, hasta que uno de los rivales cayese herido. Todo ello a distancia de veinte pasos, condiciones durísimas impuestas por los padrinos de Frantz a inspiración de éste.

La suerte designó al príncipe para efectuar el primer disparo. De allí no hubiese pasado el duelo, puesto que Albrecht, que en tiempos del imperio se había batido más de veinte ve-

ces, tenía fama de valiente y sereno estando considerado como el mejor tirador de Viena. Cuando el juez de campo dió la señal, Su Alteza levantó la pistola y disparó a las nubes.

—Yo no puedo aceptar esa generosidad— protestó Frantz—y pido a mi adversario que dispare contra mí.

Esto diciendo, y, como tocase a él la vez de disparar, hizo lo propio, dirigiendo su tiro hacia arriba... El príncipe, sin rectificar su propósito, también hizo al aire su segundo disparo... Y ya iban los testigos a suspender el lance cuando Frantz, volviendo el arma contra sí, se hirió mortalmente en el pecho desplomándose sobre la tierra.

Acudieron todos con visible emoción y viendo que el joven aun daba señales de vida, dispusieron su traslado a la capital, no sin que antes el médico examinase y vendase la herida, mostrándose pesimista, pues la bala había introducido en las vecindades del corazón.

Alguien vió en la crispada mano del herido una arrugada carta, dirigida al príncipe, que inmediatamente fué entregada a éste. La mi-

siva estaba concebida en los siguientes términos:

"Mi querido príncipe: He decidido no sobrevivir al duelo que nos va a poner frente a frente, pues he perdido a la vez vuestra amistad y el amor de Lily. Perdonad el agravio que os inferí y sed dichoso.

"Frantz."

Albrecht, profundamente impresionado, después de acompañar al herido hasta la clínica particular donde quedó instalado, marchó a casa de Floria Cavallini, a quien contó todo lo ocurrido pidiéndole la caridad de que fuese a asistir a Lewis, teniéndole a él con noticias frecuentes del estado.

Pero ello no fué óbice para que el príncipe cejase en su porfía de desposar a Lily. Ya dijo él que el corazón salta por encima de todos los deberes. De casa de Floria, corrió al palacio imperial donde se avistó con el señor Nepallek, a quien dijo:

—Frantz Lewis ha intentado suicidarse y está muy mal herido. Yo creo que sería conveniente alejar a Lily de Viena durante algún tiempo.

—Precisamente—contestó Nepallek—, mi hija está deseando de conocer París. ¿Por qué no partimos, mañana mismo, los tres?

—Por mí, no hay ningún inconveniente...

—Pues, entonces, decidido: mañana salimos para Francia.

Cuando el príncipe pasó a las habitaciones de Lily para ofrecerle sus respetos, le dijo:

—Una gran sorpresa, Lily: dentro de unas horas, vuestro papá, vos y yo tomaremos el tren para París.

Palmoteó ella de alegría. Aunque pasada la primera impresión, preguntó:

—¿Y cómo ha sido, decidir este viaje tan rápido?

—Vereis... ¿No quedamos en que vuestro papá necesitaba distracción?

Lily, aceptó como buena la explicación, comentando:

—¡Qué bondadoso sois, príncipe! Mientras tanto, Floria, en la clínica, aguardaba impaciente el resultado de la operación quirúrgica que estaban practicando a Frantz.

Después de una hora de angustia, comparció el doctor, diciendo:

—La intervención ha tenido buen éxito y todo hace creer que el herido podrá salvarse.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Floria, invadida de una alegría intensa, como si acabasen de abrir para ella las ventanas del optimismo...

VIII

Los Nepallek, acompañados del príncipe, llegaron a París y se instalaron en el "Grand Hotel". Al arribar, ya tenía Albrecht un telegrama de Floria, que decía así: "Frantz fuera de peligro."

Lily, durante el viaje, no había exteriorizado más aquella alegría que demostró al principio. Y es que, con el pasar de los días, se iba extinguendo el rencor hacia Frantz, del cual se acordaba demasiado.

En el tren, quedóse ensimismada horas enteras, reprochándose su ligereza pues consultando el estado de su alma, veía claramente que no podía amar al príncipe, estando aún latente la pasión que supo inspirarle Frantz.

El príncipe Albrecht, contemplándola, también sufría en silencio... Leía con claridad lo que sucedía en el interior de Lily y no tenía más que la débil esperanza de que, con la ausencia de Lewis, se pudiese borrar en ella el

recuerdo. Pero, sucedía al contrario: mientras más tiempo pasaba más abatida se mostraba la joven. El príncipe, ni siquiera se atrevía a prodigar mucho sus atenciones, temeroso de parecerle cargante.

En cierta ocasión en que a Lily se le cayó un guante y Albrecht se apresuró a recogerlo, ella dijo:

—Gracias, Frantz...

No cabía mayor demostración de que el nombre del amado llenaba constantemente el pensamiento de la señorita Nepallek.

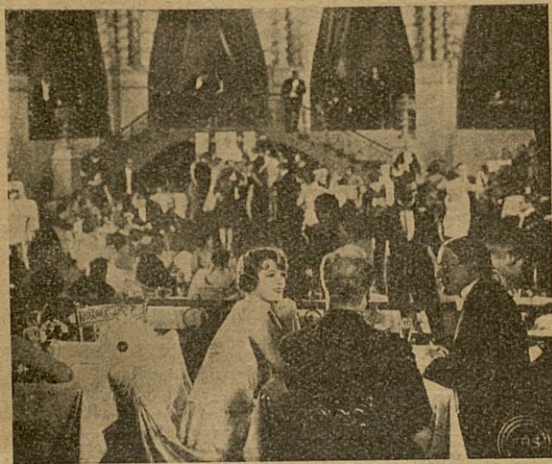
Para alejar de Lily el recuerdo de Frantz, el príncipe trató de hacerle agradables las horas a través del aturdimiento del París divertido. La llevó a los bazares, a casa de los famosos modistos parisinos, a los teatros, a los "cabarets"... Pero ella no abandonaba su languidez. Comprendía que todo aquello le hubiera divertido mucho... con Frantz.

Cierta noche, en el cabaret Excelsior, estaban los tres en un palco y, en el compartimiento de al lado, tomó asiento una pareja, que empezó a arrullarse. Y como Lily la contemplase en silencio, muerta de envidia, el príncipe tuvo la ocurrencia de decir:

—Son dos enamorados... Como nosotros.

Aquella inoportunidad, hizo un efecto desastroso en la joven, que para disimular el mal humor, se dirigió a su padre, diciendo:

—Papá, esta noche, quiero bailar contigo



— Papá: esta noche, quiero bailar contigo.

... Y luego sin volver la cabeza, expresó: —¿Quereis príncipe, ir a decir a la orquesta que ejecute un vals de nuestra tierra?

Obedeció el aristócrata y, a poco, el vals vienés de antaño, rítmico y dulzón, sonó como una queja contra la bárbara invasión charlestoniana.

Padre e hija dieron unas vueltas por el salón. A Lily, la cadencia patria, no le hizo sino aumentar la nostalgia. Volvieron al palco, donde el príncipe insistió varias veces porque la joven bebiese una copa de champán.

—Bebamos—decía—para alegrar nuestro espíritu, por la felicidad que nos espera!

Elle al beber, le pareció ver en el rubio líquido, dibujada, la imagen de Frantz. Enseguida, expresó su deseo de regresar al hotel.

Cuando subían en el ascensor, camino de las respectivas habitaciones, coincidieron con la parejita de novios que fueron sus vecinos de palco, en el "cabaret". Iban, como antes, haciéndose mimos, émbebidos en su felicidad sin importarles nada de las personas y las cosas que estaban a su alrededor. Lily los devoraba con la vista. Parecía que la fatalidad se ensañaba, exhibiendo ante ella una dicha que no podría tener nunca, si consumaba el sacrificio de casarse con el príncipe.

Los novios, alojábanse en el departamento contiguo al de Lily, y así, ésta, continuó perseguida por un rumor de besos y caricias. Se extasió en sus pensamientos y, mirándose en el espejo de los recién casados, no se concebía a sí misma en aquella situación, si no era Frantz el partícipe de su luna de miel. Sugestionose hasta el punto de esperar ver a su amado, penetrar en la habitación, en aquel mismo momento...

Sonaron unos discretos golpecitos en la puerta y ella fué a abrir, creyendo en el milagro de la aparición de Frantz. Pero, era el



Parecía que la fatalidad se ensañaba, exhibiendo ante ella una dicha que no podría tener nunca.

príncipe Albrecht, que iba, como todos los días, a darle las buenas noches...

La decepción fué horrible y decisiva. Cuando el aristócrata se retiró a descansar, desesperado por la extrema frialdad de su futura, ella corrió al cuarto del señor Nepallek y le dijo:

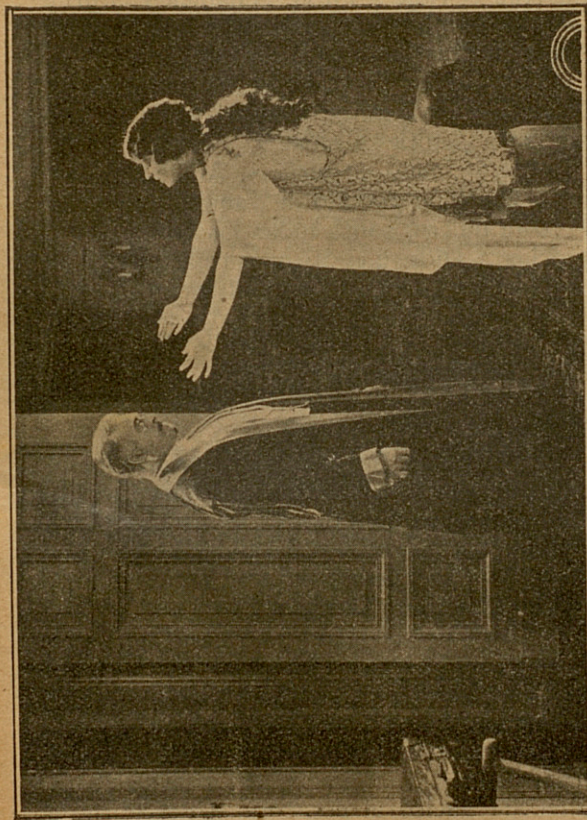
—Padre mio, yo no me puedo casar con el príncipe... Y quiero regresar a Viena cuanto antes.

—Pero, hija —habló Nepallek con gran tribulación—. ¿Tú crees que podemos desairar de ese modo a Su Alteza?

—No sé, papá... Desde luego no creo que tú quieras verme infeliz para siempre. Comprendo, que te sea enooso dar el paso de desengañar al príncipe, pero yo te relevo de esa comisión que efectuaré yo misma, en diplomacina, cuando lleguemos a Viena. El príncipe es bondadoso, comprensivo, y sabrá perdonarme.

—Lo que tu quieras, hia mía... Y el buen padre suspiró, lamentando la fuga de una grata ilusión. Verdad es que quería a su hija como a la única cosa que tenía en el mundo, y daba por bien empleado el sacrificio de todas sus ilusiones—y aquella se fundaba en la vanidad—por librar a Lily de la desgracia...

Al día siguiente, en el tren, camino de Viena, se dió el fenómeno a la inversa de cuando



La decepción fué horrible y decisiva.

hicieron el viaje a París: Napallek y el príncipe iban cabizbajos, mientras que Lily, no podía ocultar su íntima alegría...

Pensaba con fruición en el momento de volver a ver a Frantz, y arrojarle en su brazos para pedirle perdón.

—Perdóname—le diría—. Al fin soy mujer y tengo mi poquito de vanidad femenina. Pero te quiero, sobre todas las cosas, y doy gracias a Dios, que al fin me ha querido librar de las garras de un mal sueño...

En la clínica, hállase Frantz, viviendo sus días de franca convalecencia. Floria Cavallini, durante el peligro, no se apartó ni un instante de la cabecera del doliente, compartiendo con sus padres la abnegada tarea de cuidar al herido. Ahora, sólo va por las tardes, a hacerle un rato de compañía...

Frantz se ha quedado dormido y Floria, con solicitud maternal, guarda silencio a su lado, entretenida en una labor femenina...

Esta es la escena que sorprendió Lily, al penetrar en la habitación del convaleciente. Dióle un vuelco el corazón, al descubrir la presencia de una desconocida. Pero ésta, comprendiendo enseguida lo que pasaba, se

levantó sonriente, diciendo muy bajito, para no despertar a Lewis.

—Estaba segura de que vendría usted, señorita...

—¿Se puede saber con quien tengo el honor de hablar?—preguntó Lily en el mismo tono.

—Con una persona en la cual puede usted depositar toda su confianza. Yo soy su amiga y su aliada... Acaso, alguna vez, haya usted oído hablar de mí: Floria Cavallini.

—¡Floria Cavallini!—repitió la joven, evocando en este nombre, a la vez, a la célebre cantante y a una de las protagonistas en el episodio de la miniatura.

—Sí, Floria, la amiga de Albrecht, que soy aliada de usted, interesadamente; pues me anima la ilusión de que el príncipe vuelva a mí...

Tranquilizado el espíritu, Lily se inclinó para contemplar a Frantz cariñosamente.

—Ya está completamente bien—le dijo Floria—. Mañana le dan el alta. ¡Oh! Ha estado gravísimo... Y, el pobre, no hacía más que llamar a usted en su delirio...

Lily, rompió a llorar. Habló, entre sollozos:

—Me voy, antes de que despierte... Acaso la emoción de encontrarme, así de repente, le provoque una recaída... Usted, señora, prepáreme una entrevista para mañana, se lo ruego...

Se fué. Y ya era tiempo, porque Frantz, había despertado con el inevitable ruido y se incorporó, diciendo:

—¿Quién ha estado aquí?

—Nadie... una enfermera—respondió Floria.

—¡Pues no estaba soñando que había venido Lily!

La Cavallini, tuvo intención de decirle la verdad, pero se contuvo...

—Ahora, que ya estoy curado—habló Lewis—, ¿cómo podré agradecerle lo que ha hecho usted por mí?

—Renunciando a esa existencia ociosa. Trabajando, para dignificarse a los ojos de la mujer a quien ama...

—Sí, Floria... Pienso trabajar en las fábricas de mi padre. Pero, no quiero dejar de ver a usted, para que me defienda contra mí mismo...

—Ya no tendrá usted nada de qué defenderse, amigo mio... La felicidad lo espera.

—¿Cómo? ¿Cree usted que Lily...?

—Sí, Lily lo ama, como siempre... Y, si no se emociona mucho, le diré una cosa que le agradará.

—¿Qué Lily ha estado aquí! —exclamó Frantz, con alborozo.

—En efecto, su corazón no le ha engañado. La persona que acababa de salir cuando usted despertó, era ella...

Idéntico efecto que a la joven, le hizo a él el convencimiento de sentirse amado: se echó a llorar como una criatura...

—Bueno—dijo Floria, después que lo dejó expansionarse—. Usted se levantará mañana y, al medio día, irá a la fábrica de su padre, no a trabajar, que aun no está usted en condiciones para ello, sino a esperar que vaya yo con Lily... ¿Entendidos?

—¡Es usted mi ángel bueno!— Y Frantz, apoderándose de la mano de Floria, puso en ella la más tierna expresión del agradecimiento, en forma de ósculo...

La fábrica de automóviles "Lewis" ocupaba una gran extensión en los arrabales de Viena. La entrada a la exposición y oficinas, estaba precedida de un bonito jardín.

Hacía un día de sol espléndido y, Floria, paseábase tranquilamente por el "parterre" de la fábrica, cuando vió entrar al príncipe Albrecht.

Se saludaron con mútuo afecto.

—¡Qué grata sorpresa!—exclamó ella—. Pero... ¿Qué venis a hacer aquí?

—Eso digo yo, Floria: ¿Cómo os encuentro en este lugar?

—Pues ya lo veis... Tomando el sol, que es una de las pocas cosas que suelen hacerme feliz.

—Yo también me siento feliz, Floria... Ven-

go a comprar un automóvil para hacer mi viaje de bodas con Lily Nepallek.

La Cavallini prorrumpió en una carcajada burlona y dijo:

—¿Estais seguro de que hareis con Lily, ese proyectado viaje?

Se amoscó el príncipe, que contestó malhumorado.

—¿Con quién quereis que lo haga? ¿Con vos?

—Estimo que no tendreis más remedio; a menos que busqueis a otra, que os inspire un nuevo y fogoso amor juvenil... Príncipe, hay que mirar hacia nosotros mismos, que estamos en el ocaso de nuestra vida. A ras del suelo, como pegados a la tierra donde han de enterrarnos... Mirad en cambio a la juventud, que tiene alas y se eleva en busca de la felicidad.

En efecto, el príncipe, dirigió su vista al sitio donde señalaba Floria, y pudo contemplar a Lily y a Frantz, que habianse encaramado sobre el martinete más alto de la fábrica. Allí estaban besándose.

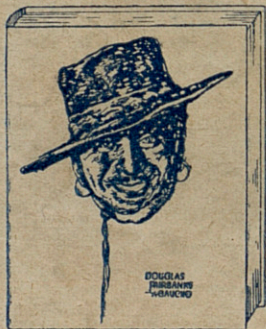
El príncipe avanzó unos pasos hasta el pie del castillo de hierro. Hubo un momento en que pareció que se decidió a subir por la empinada escalera. Miró a lo alto.

Floria, lo vió retroceder con la cabeza inclinada al peso de no se sabe qué extrañas sensaciones, y le ofreció el refugio de sus brazos...

OTRO GRANDIOSO EXITO EN
Las Grandes Novelas de la Pantalla
(LA PRIMERA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

El Gaucho

Bonita novela de fe, amor y aventuras



Creación del artista predilecto y mimado

Douglas Fairbanks

Precio: 1.50 PESETAS

DIRIJA USTED LOS PEDIDOS A
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

Imprenta Comercial - Valencia, 254 - Barcelona